

TIEMPO HUMANO, TIEMPO INSTITUCIONAL: LAS CONVERGENCIAS ENTRE GIANNINI Y SEARLE

RODRIGO GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Universidad de Chile
rodgonfer@gmail.com

RESUMEN

Dada la inspiración de Humberto Giannini en la teoría de los actos de habla de John Searle, merece la pena discutir si sus filosofías convergen en algún tópico, pese a la marcada diferencia de estilos de ambos. Una mirada sintética a la primera obliga a decir que para John Searle el lenguaje es central en la explicación de la realidad social: gracias a este el ser humano crea y mantiene las instituciones. Con las instituciones nace la deontología de derechos y deberes, propios de las instituciones. En vista de este marco teórico, una cuestión que no ha sido investigada suficientemente es cómo dichos poderes generan acciones independientes de deseos en el tiempo.

Cabe destacar que el carácter estructurante del tiempo humano ya ha sido estudiado por Humberto Giannini, desde una perspectiva fenomenológico-cotidiana. Él ha propuesto que dicho tiempo corre por surcos que vuelven sobre sí mismos. Hay, en este sentido, una experiencia fenomenológica de lo cotidiano que estructura la vida misma. Pero, ¿no resultan entonces complementarias las filosofías de Giannini y Searle, pese a las diferencias de estilos? Justamente, el propósito de esta ponencia es explorar la convergencia de dos filósofos con estilos diferentes. En el caso de Searle, se privilegia el estudio de la realidad social desde la filosofía de la mente. Hay, luego, una somera caracterización analítica del tiempo, de carácter deóntico e institucional. En la filosofía de Giannini, en cambio, hay un privilegio de lo fenomenológico, de la experiencia humana asociada al tiempo. Pese a esta diferencia, argumentaré que ambos hablan de la vida humana y su despliegue en la realidad social.

PALABRAS CLAVE: Giannini, Searle, Realidad social, Fenomenología cotidiana, Tiempo humano, Tiempo institucional

Individual commitment to a group effort - that is what makes a team work, a company work, a society work, a civilization work.
Vince Lombardi

INTRODUCCIÓN

El trabajo es muchas veces visto como una penosa carga para el ser humano. Según la biblia, desde que Adán cometió el pecado original y fue expulsado del paraíso, él y toda su descendencia fueron condenados a ganarse el pan con el sudor de la frente. Tal pensamiento, con toda la carga simbólica que tiene, desvirtúa importantes facetas del trabajo. Estimo que tanto la filosofía de Giannini (1987) como la de Searle (1997, 1998 y 2010) convergen, además de en la cuestión de la experiencia común y la intencionalidad colectiva, en qué implicancias tiene lo laboral. Para el primero, si bien implica insertarse en un mundo donde la comunicación es mera información, y en un contexto de relaciones con jerarquía, se tiene tiempo para los otros. Cuando se trabaja, el tiempo no es para uno, sino para los demás. De modo similar, Searle sostiene que uno vive inserto en un mundo de instituciones, con deberes, derechos, compromisos y promesas (2010); dichas instituciones hacen que uno actúe en función de razones institucionales. Tales razones, a su vez, son importantes porque hacen que se posterguen los deseos inmediatos; por lo mismo, también hay tiempo con otros, con los demás.

En este ensayo de filosofía comparada defenderé la siguiente hipótesis: debido a que Giannini propone que el trabajo involucra tiempo para otros, y que Searle postula que en un mundo de instituciones se actúa posponiendo deseos, existe un tiempo humano y un tiempo institucional. Por supuesto, sostendré que ambos son cara y sello de lo mismo: el tiempo para otros conmina a actuar sobre la base de razones institucionales. Asimismo, quien actúa en función de razones institucionales, dedica tiempo para los demás. Desde las perspectivas

de Giannini y Searle, entonces, el trabajo no es necesariamente una carga; ello no ocurre si dicho trabajo no implica la enajenación del tiempo propio y la consiguiente alienación; tal como argumento, el trabajo también puede representar un lugar para cumplir el llamado de la vocación y, por lo mismo, puede representar una instancia que lo hace a uno más colaborador y, ciertamente, más humano.

Este trabajo está estructurado en tres secciones. En la primera examino de qué forma hay una primera convergencia entre Giannini y Searle: ambos tienen como objetivo caracterizar instancias propias de la vida humana, a saber, de la experiencia común y de la intencionalidad colectiva, respectivamente. La segunda sección aborda el sentido que tiene el tiempo del trabajo en la filosofía de Giannini; para este lo laboral es tiempo para los demás, a diferencia del tiempo festivo o domiciliario, en que hay tiempo para lo íntimo. Finalmente, en la tercera sección caracterizo brevemente la ontología social de Searle, la cual explica el mundo de instituciones en el que se encuentra inmerso el ser humano. Dicha caracterización sirve como fundamento para argumentar que las filosofías de Giannini y Searle tienen una segunda convergencia importante: el tiempo para los otros del trabajo por lo general conmina a actuar en función de razones institucionales, y estas llevan a posponer los deseos personales, de la inmediatez del presente.

1. LA PRIMERA CONVERGENCIA: LA EXPERIENCIA COMÚN Y LA INTENCIONALIDAD COLECTIVA

Es sabido que la ciencia a veces inspira a la filosofía. El caso de Newton y Kant es paradigmático en la época moderna. Sin embargo, en otras ocasiones la ciencia corrobora pensamientos filosóficos profundos. Este es el caso de la teoría de Hannes Rakoczy y

Michael Tomasello (2007), dos psicólogos del desarrollo que postulan que un rasgo distintivo de la humanidad es la cooperación. En efecto, desde temprana edad los humanos tienden a colaborar, por ejemplo en los juegos infantiles, los cuales marcan una diferencia importante entre los infantes de más de 3 años y los chimpancés. Estos últimos, pese al ingenio que ocasionalmente demuestran, solo exhiben conducta coordinada, al igual que otros animales. La diferencia entre la cooperación y la conducta coordinada es más o menos clara: mientras que la primera es base de la acción guiada por razones y compromisos, la segunda es egoísta, puesto que opera en función del instinto de sobrevivencia. Si en la primera hay un *nosotros* que se compromete a hacer algo, en la segunda hay animales guiados por dicho instinto.

Tanto Humberto Giannini como John Searle han propuesto que el ser humano dispone de tiempo para los otros, y que colabora, coopera, en acciones guiadas por razones, deberes y compromisos. El primero ha hecho sus aportes con un estilo narrativo y especulativo, centrando su examen en el problema de la experiencia común; en cambio, el segundo ha dispuesto del análisis y de teorías científicas que suscitan amplio consenso, a saber, la teoría física de partículas y la teoría de la evolución. Pese a las notables diferencias de estilo y foco entre ambos filósofos, sostengo que sus teorías convergen. Una prueba de esto es que el ser humano, a diferencia de los animales, tiene una experiencia de la cotidianidad; asimismo, asigna funciones, se guía por razones institucionales y, lo más importante de todo, crea instituciones, las cuales son la base de la civilización. En consecuencia, si bien los estilos de Giannini y Searle son muy diferentes, ambos convergen en tópicos importantes. Justamente, en esta sección exploraré de qué forma el ser humano se desenvuelve en la realidad cotidiana y social.

Para Giannini, la experiencia común representa un eje de su análisis arqueológico. Con dicho examen, él muestra que el ser humano se desenvuelve en lo topográfico y lo cronológico de manera reflexiva. El domicilio, con su intimidad, es el punto de partida y retorno de la rutina. Esta se inicia en la calle, lugar de tránsito hacia el trabajo, una instancia en que el tiempo propio es para los demás. Finalmente, se transita nuevamente por la calle para llegar al domicilio, al retorno a la intimidad. Se pasa entonces de lo íntimo a lo público y de esto se retorna nuevamente a lo íntimo. La semana, a su vez, comienza con el lunes, día de inicio de las actividades de la rutina. Por lo mismo, inaugura el tiempo ferial, del trabajo. Transcurre dicha semana hasta el domingo, día del tiempo festivo, del descanso, del retorno a la intimidad. Retornaré a la cuestión del tiempo civil en la segunda sección, cuando aborde detalladamente de qué forma el trabajo es disponibilidad para los demás.

La experiencia común tiene sus complejidades filosóficas que, por razones de espacio, solo mencionaré aquí. Es, si entiendo correctamente, la instancia de trascendencia de la soledad existencial humana; dicha trascendencia se logra mediante la comunicación y especialmente mediante la transgresión. Esta consiste en el quiebre de lo rutinario; por ejemplo, mediante el habitar en instancias reflexivo-urbanas como la plaza y el bar. Mientras que en la primera el hombre se reencuentra con la comunidad, en lo más público, el lugar de un tiempo histórico, social y político común, en el segundo hay un afán de trascender también, pero mediante la confesión, vía de escape de la mencionada soledad. La experiencia común y la comunicación son entonces la base filosófico-política de Giannini, de su intención de querer fundamentar la democracia, un sistema político en donde se dialoga, se liman diferencias, se negocian conflictos.

Es una circunstancia feliz que un filósofo analítico como Searle haya ido a parar a un fenómeno similar, aunque no idéntico a la experiencia común, a saber, la intencionalidad

colectiva. Mediante esta el ser humano es capaz de asociarse, de actuar mancomunadamente, en pos de un objetivo que muchas veces es común. Los ejemplos del equipo de fútbol y de la orquesta son paradigmáticos, ya que en ambos hay agentes que cooperan en aras de un objetivo. Por ejemplo, un arquero trabaja, junto con los defensas de su equipo, para evitar los goles del rival. De un modo similar, los violines, violas y trompetas de una orquesta tocan en función de la partitura de un concierto. Si un violinista tocara por coincidencia la misma partitura que otro en la pieza de al lado, no habría intencionalidad colectiva. Para que exista esta los agentes involucrados deben estar *comprometidos* para cooperar y, así, para que se satisfaga esta condición necesaria de la intencionalidad colectiva.

Pero, no hay que confundirse aquí. Tal como Giannini ve instancias de roce en la comunicación, por ejemplo, en el diálogo y en la polémica, Searle estima que la intencionalidad colectiva muchas veces no tiene un fin altruista. Dos boxeadores en un cuadrilátero son sin duda una instancia de intencionalidad colectiva, porque ambos boxean siguiendo las reglas de un deporte. Si bien tienen creencias compartidas, poseen fines que se contraponen, por ejemplo, noquear al adversario. Otro ejemplo es el de un grupo de empresarios que buscan el lucro coludiéndose. También este es un caso de intencionalidad colectiva, pese a que solo se busca el beneficio personal. En consecuencia, ni la experiencia común ni la intencionalidad colectiva implican un tipo de cooperación ingenua. Por el contrario, se basan en la trascendencia de lo meramente subjetivo en pos de una actividad colectiva que se compromete a un fin determinado, independientemente de si este es positivo o no.

Para aterrizar un poco esta discusión propondré un ejemplo, el caso de Jaime, quien es músico profesional. Jaime sigue una rutina, un trayecto cotidiano. Por ejemplo, va de su

casa al Conservatorio en bicicleta. Recorre calles, se topa con otros ciclistas y con transeúntes. Luego, retorna a su casa, a la intimidad de su familia. También tiene un amigo, José, con quien suele ir a la Plaza de Armas a conversar luego del almuerzo. Se encuentra, entonces, con escolares, jubilados, inmigrantes, feligreses y una variopinta gama de comerciantes ambulantes. Todos ellos forman parte de la ciudad a la que pertenecen Jaime y José; por lo mismo, estos se reencuentran en la plaza con una comunidad que se mira a sí misma en una instancia arquitectónica única, esencialmente pública y profundamente humana. En efecto, en la plaza la comunidad se contempla a sí misma, interrumpiendo el ajetreo cotidiano y la rutina.

Pero, hay una segunda parte de esta historia, de corte serleano, pues Jaime y José pertenecen a una institución. En su trabajo, ambos tocan respectivamente la flauta y la trompeta en la Orquesta Filarmónica de Santiago. Cada uno *colabora* en las piezas musicales con su parte. Nótese que la subjetividad de cada uno no se diluye, sino que se encuentra presente en la orquesta, en la cual ambos pueden afirmar:

1. Toco la flauta y/o toco la trompeta
2. Nosotros tocamos tal y tal pieza de Mozart

De esta forma, que haya personas individuales que tocan mancomunadamente en una orquesta no implica que esta *absorba, diluya* la individualidad de cada integrante. Por el contrario, todos los músicos integrantes de la orquesta colaboran con su parte. Es importante consignar que todos confían en que cada miembro tocará su parte como corresponde. Hay, entonces, una *convivencia* de lo subjetivo y lo colectivo, donde lo primero es punto de apoyo para que lo segundo tenga éxito.

Tampoco hay que confundirse en el caso de la filosofía de Giannini (1987). El trascender la individualidad no significa, a mi juicio, una *entrega* a la colectividad. Por ejemplo, en la conversación hay un gesto amable de recepción del otro. Por ello insiste en la importancia de la conciencia hospitalaria, esto es, de la instancia mediante la cual el otro no solo es invitado, sino además acogido en la conversación. Pero, hay otro ámbito que no debe llevar a confusión: el trabajo. Si bien es tiempo para los demás, ello no significa que haya entrega total a los demás. Justamente, un análisis más profundo del tiempo civil muestra por qué el trabajo es una instancia humana única de disposición, sin renuncia, al otro. Tal cuestión se analizará en las secciones venideras, ya que el tratamiento del tiempo civil e institucional muestra una segunda instancia de convergencia de las filosofías de Giannini y Searle.

2. EL TIEMPO DE TRABAJO, EL TIEMPO PARA LOS OTROS

Tal como se argumentó en la sección anterior, se debe despejar toda duda de ingenuidad en los análisis de la cotidianeidad de Giannini y de la institucionalidad de Searle. En relación con este punto, es importante tener la misma actitud hacia el fenómeno del trabajo, el cual se da gracias al tiempo civil, en el tiempo cotidiano de la rutina. Dicho fenómeno se asocia con el tiempo ferial y, específicamente, con la disponibilidad horaria para los demás. ¿Para quiénes? Los jefes, los subalternos, los clientes, los colegas, los estudiantes, etc. Es decir, para todos aquellos que lo rodean a uno en el trabajo, condicionando el tiempo propio. Tal tiempo, como se señaló arriba, no es entrega *total* a los demás, sino que

conlleva un actuar con base en un marco de reglas verticales y jerárquicas, con un tipo de comunicación informativa, todas características típicas de lo laboral.

El trabajo surge, entonces, en la esfera de lo público, de lo que está más allá del domicilio. En este surgen necesidades de alimentación, de calefacción, de reproducción. Debido a estas necesidades el ser humano debe aventurarse más allá de la intimidad del domicilio. El trabajo es, para Giannini, la razón principal por la cual se abandona el domicilio y su intimidad intrauterina. Así, mientras que al domicilio le corresponde el tiempo festivo, al trabajo le acompaña el tiempo ferial. Existe además la posibilidad de que el trabajo sea realización de la vocación, pero ello dependerá del tipo de sociedad en que se viva. En efecto, el trabajo también puede ser enajenación de las fuerzas a cambio de un salario. Así, una sociedad que promueve que el trabajo satisfaga la vocación, del ser para nosotros, es para Giannini un signo de efectiva comunidad en el destino e inteligencia en la obra. Es, por lo mismo, una sociedad en que hay democracia plena.

Una cuestión que quiero destacar aquí es cómo el tiempo del trabajo es para los otros. Esto ciertamente recuerda la intencionalidad colectiva de Searle, en que hay cooperación, acción mancomunada para conseguir un fin. Más aún, pienso que en el caso de Searle hay confianza en el papel que desempeñarán los demás para que haya cooperación. Se comunica uno con el patrón, con el auditorio, con el cliente, con el estudiante. Hay, entonces, un sentido de verticalidad en el mundo laboral, cuestión que debe hacer reflexionar, ciertamente, sobre el sentido que debe tener la educación, especialmente la pública. Tal como sostengo en otro ensayo, en este caso en particular la disponibilidad de tiempo para los otros se da como instancia para la inserción en el complejo mundo de instituciones que conforma la realidad social. Ello, por supuesto, no significa necesariamente que no pueda haber crítica a lo establecido mediante la labor educadora.

Esto porque la intencionalidad colectiva mantiene las instituciones, pero también puede dar lugar al cambio de estas.

En relación con este punto, es importante señalar que hay actos que son transgresores en el trabajo. La charla es uno de ellos, porque interrumpe el flujo de información vertical y jerárquica. Pero, hay otros actos más. Piénsese en el caso de Jaime y José, quienes amistosamente conversan en la plaza. Si ellos dejaran de estudiar sus partituras y, en cambio, conversaran amenamente, postergarían el tiempo para los demás en aras del tiempo para ellos. Nuevamente, creo que hay una importante coincidencia entre Giannini y Searle: si Jaime y José dejaran de examinar sus partituras y luego tocasen en la orquesta, no actuarían en pos de una experiencia mancomunada. Por el contrario, privilegiarían sus deseos personales, incluso si su charla implicase un tipo de intencionalidad colectiva entre ellos. En consecuencia, es posible que la intencionalidad colectiva general sea quebrada por una intencionalidad colectiva particular.

Giannini, por su parte, sostiene que el trabajo es tiempo para lo otro, una instancia en que se respetan normas verticales y jerárquicas. Algo muy similar cree Searle, en la medida que la intencionalidad colectiva, del nosotros trabajamos, puede ser transgredida por deseos personales, e incluso por otras instancias de intencionalidad colectiva, tales como el diálogo, la charla, el encuentro, etc. Si Jaime y José charlasen en la mitad de un ensayo de una orquesta, dejarían de disponer su tiempo para los demás; por el contrario, dispondrían su tiempo para ellos, para el goce de la conversación. Dado que la confiabilidad de los participantes en la intencionalidad colectiva es directamente proporcional al tiempo que dispongan para los otros, Jaime y José dejarían de ser elementos confiables, por ejemplo, para el director de la orquesta. Tal como hemos argumentado en otro ensayo, la confianza es un elemento central del funcionamiento de la realidad social; en efecto, la duda

hiperbólica es ajena a esta, porque lleva a la inacción. Por consiguiente, la acción en el trabajo es precisamente el antídoto de una duda radical que paraliza la realidad cotidiana e institucional.

Justamente, en la próxima sección ahondaré de qué forma las filosofías de Searle y de Giannini convergen en cuanto al tiempo para los otros. En efecto, el tiempo ferial y el tiempo institucional muestran cómo uno emplea tiempo para los demás, cuestión que he esbozado en esta sección, a propósito de la intencionalidad colectiva y de qué forma la confianza en los otros va de la mano de la misma.

3. EL TIEMPO INSTITUCIONAL: RAZONES PARA LA ACCIÓN INDEPENDIENTE DE LOS DESEOS

Pese al ejemplo de los boxeadores citado arriba, John Searle también asume que el tiempo del trabajo es para los demás. Lo hace desde la perspectiva filosófica que lo ocupa: el análisis de la realidad social desde la intencionalidad colectiva. Esta es un fenómeno biológico que permite no solo la acción colectiva, sino además la asignación de funciones de estatus, la base de las instituciones. A un muro de piedras, por ejemplo, se le asigna la función de ser un límite y ello ocurre con independencia de las propiedades físicas de dichas piedras. Como lo señala Searle (1997, pp. 56-57), el muro podría derruirse, pero no dejaría de simbolizar el límite, la función que cumple para una comunidad.

Las instituciones están imbricadas en la realidad social, lo cual significa que no existen de manera aislada. Recuérdese el caso de los dos amigos músicos, Jaime y José, quienes trabajan en la Orquesta Filarmónica de Santiago, una institución cultural que depende de otras instituciones: la municipalidad, la intendencia de Santiago, la República de Chile, etc.

De este modo, Jaime y José pertenecen a una institución, la cual ciertamente goza del respeto de los habitantes de Santiago, quienes a su vez son ciudadanos de esta ciudad y del país.

El ejemplo de Jaime y José ilustra la complejidad de la realidad social, mundo en el cual existen las instituciones. Para que esta idea quede clara, se requiere explicar brevemente la teoría de Searle. Según él, los seres humanos poseen la capacidad biológica de cooperar entre sí. Con base en esta capacidad, asignan funciones a objetos cuyas propiedades físicas resultan irrelevantes para desempeñar dicha función. Otro ejemplo típico de estas funciones de estatus es el del dinero, una institución que permite el intercambio de bienes, pago de salarios, entre muchos hechos institucionales de carácter económico. El dinero, como toda institución, es autorreferencial, esto es, su existencia es dependiente de las creencias de una comunidad, y de que esta represente y use la institución. Si todos acordáramos que no existirá más el dinero, la institución en cuestión desaparecería, al menos en teoría.

Sin embargo, ello es una posibilidad difícil de llevar a cabo. En efecto, las instituciones están imbricadas en la realidad social. Por ejemplo, en el caso del dinero, este depende del intercambio de bienes, lo cual existe porque hay propiedad privada. A su vez, la propiedad privada, otra institución, existe porque hay agentes que se vinculan con algunos bienes transables, y así sucesivamente. De hecho, otra institución clásica en los análisis de Searle, el matrimonio, existe porque el registro civil declara el vínculo entre los contrayentes. Una vez que han prometido respeto, fidelidad, socorro, etc., se les declara cónyuges. El lenguaje es crucial para la creación de hechos institucionales e instituciones, porque es la institución por antonomasia. ¿En qué sentido? En que todo hecho institucional, en tanto existe por acuerdo colectivo, debe ser creado mediante un acto de habla: la declaración. Del mismo

modo, el nacimiento de toda institución requiere del lenguaje para ser representada en lo social. Tal como enfatiza Searle, el lenguaje es la institución de instituciones, “porque no es posible imaginar una sociedad que tiene gobierno, propiedad, matrimonio y dinero, pero no lenguaje” (2010, p. 109).

Un punto importante del examen de Searle y que ciertamente se vincula con la filosofía de Giannini es que las instituciones proveen de poderes deónticos, y en virtud de estos considero que se estructura el tiempo pasado, presente y especialmente el futuro. Por ejemplo, la Corte Suprema, luego del examen correspondiente, inviste de abogada a Marta. Dicha institución tiene deberes y derechos, al igual que la nueva abogada. La Corte Suprema tiene el derecho de investir de abogado a quien pase el examen final, mientras que tiene el deber de revisar casos ya decididos por la Corte de Apelaciones. Del mismo modo, una vez investida de abogada, Marta tendrá el derecho de defender a personas e instituciones, o bien de acusarlas; entre otras cosas, también tendrá el deber de cuidar la honra de su profesión.

Una cuestión importante, a propósito de los poderes deónticos, es que estos por lo general existen en el tiempo del trabajo. Además de conferir deberes y derechos, estructuran el tiempo civil del que habla Giannini. Lo hacen de la siguiente forma: Marta la abogada dispone de tiempo para los otros en su profesión, tal como lo hará el ingeniero, el albañil, el profesor, etc. Nótese que aquí existe una crucial coincidencia entre Giannini y Searle, porque todos estos trabajadores tienen razones institucionales para actuar, es decir, actuarán guiados por el deber del trabajo, el cual hace que pospongan sus deseos inmediatos. Así, Marta podría dormir una siesta, ir de compras o al cine, pero en la medida que es abogada, que trabaja y que dispone de tiempo para sus representados, no lo hará. Ese es justamente el sentido que le quiere dar Searle a las razones institucionales: inspiran

acciones guiadas por deberes y derechos en que, como lo pondría Giannini, el tiempo es para los demás.

Dicho tiempo, estimo, es también crucialmente humano. Lo es porque junto con concretar una faceta de la experiencia cotidiana, el trabajo incentiva la cooperación en una sociedad, lo cual se prueba por el grado de compromiso que tienen quienes trabajan. Nuevamente, Marta podría renunciar a su trabajo, podría juntarse con amigas a conversar, podría incluso ir a un bar, pero no lo hará porque su trabajo la convoca. Más aún, estructura su tiempo de modo que puede apelar a razones institucionales para posponer sus deseos inmediatos. Marx, en este sentido, dice que el trabajo dignifica al hombre. Me parece que podría agregarse que el trabajo digno lo hace a uno más humano y, en cierto sentido, desincentiva los deseos inmediatos; en este sentido, conmina a la cooperación, alejándolo a uno de la sobrevivencia instintiva en el presente, en lo más inmediato.

4. CONCLUSIÓN

Humberto Giannini representa uno de los íconos de la filosofía chilena y latinoamericana. En este ensayo me he ceñido a uno de sus aportes principales, desde su estilo narrativo y especulativo. Pese a las notables diferencias de estilo y enfoque con John Searle, una de las figuras vivas de la filosofía analítica contemporánea, hay coincidencias y convergencias dignas de explorar entre ambos. Tal como he examinado, una de ellas es la experiencia común y la intencionalidad colectiva. La primera representa la vuelta de la persona, desde su soledad existencial, a la comunidad, a un tiempo histórico, social y político común. La intencionalidad colectiva es, por otra parte, una instancia en que los

seres humanos también trascienden su individualidad, y lo hacen en aras de cooperar y colaborar en tareas que requieren acciones mancomunadas.

Pero, existe otra convergencia que he explorado aquí, a saber, la forma en que Giannini y Searle abordan el fenómeno del trabajo, especialmente con relación al tipo de tiempo que implica. En efecto, tanto Searle como Giannini consideran que en el trabajo se dispone de tiempo para los otros; se dispone de tiempo para los demás. Giannini enfatiza esta idea de modo directo mediante la idea del tiempo civil, del tiempo ferial, que por supuesto es profundamente humano; Searle, en cambio, lo hace de modo indirecto, a través de las llamadas razones institucionales. Dados los poderes deónticos, propios del funcionamiento de las instituciones, estas justifican la acción futura en un tiempo institucional; este, justamente, predispondrá a trabajar para los demás posponiendo los deseos individuales presentes e inmediatos.

Sin duda el tiempo del trabajo de Giannini y el institucional, de la cooperación serleana muestran una faceta de la realidad social; como el entrenador de fútbol Vince Lombardi recalca, el trabajo y la acción individual en aras del esfuerzo colectivo explican por qué los equipos funcionan, por qué las compañías funcionan, por qué la sociedad funciona y, finalmente, por qué la civilización funciona. Ciertamente, el trabajo en Giannini y Searle estructuran el tiempo humano y el tiempo institucional, dos fenómenos que fundamentan la civilización. ¿Cómo? Haciendo que uno trascienda la inmediatez del instinto animal, con su exclusivo afán de sobrevivencia.

BIBLIOGRAFÍA

Giannini, Humberto (1987), *La "Reflexión" Cotidiana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Rakoczy, Hannes y Tomasello, Michael (2007), "The ontogeny of social ontology: Steps to shared intentionality and status functions", en Tsohatzidis, Savas L., ed., *Intentional acts and Institutional Facts*. Dordrecht: Springer, pp. 113-137.

Searle, John (1997), *La Construcción de la Realidad Social*. Barcelona: Paidós.

_____ (1998), *Mind, Language and Society*. New York: Basic Books

_____ (2010), *Making the Social World: The Structure of Human Civilization* Oxford: OUP.